

Capítulo 2

Visiones del futuro. Sobre la representación lingüística del porvenir¹

Victoria Escandell Vidal

La diferencia entre el pasado, el presente y el futuro no es más que un espejismo testarudamente persistente.

Albert Einstein

El aumento del desorden o entropía es lo que proporciona una dirección al tiempo, y nos permite distinguir el pasado del futuro.

Stephen Hawking

Introducción

Cuando escuchamos a los físicos hablar del tiempo, a menudo experimentamos una sensación de extrañeza: nuestra mente se resiste a aceptar que el tiempo pueda ser simplemente una ilu-

¹ La investigación que subyace a este trabajo ha sido parcialmente financiada por el proyecto de investigación *The Semantics/Pragmatics Interface and the Resolution of Interpretive Mismatches* del que soy investigadora principal (SPIRIM FFI2015-63497-P, Ministerio de Economía y Competitividad y Fondo Europeo de Desarrollo Regional-FEDER). Agradezco a los dos revisores anónimos por sus comentarios y sugerencias que, sin duda, han contribuido a mejorar este trabajo. Las inadecuaciones que pudieran persistir en él son sólo responsabilidad mía.

sión de nuestros sentidos y también nos parece difícil admitir que el futuro tenga que ser cada vez más caótico y desordenado. Al resistirnos a pensar en el tiempo en los términos en los que lo presentan los teóricos del universo, tenemos también una parte de razón: la manera en que los humanos concebimos el tiempo (y el paso del tiempo) tiene mucho de representación mental, pero no por ello es menos real o menos interesante que la que se maneja en el ámbito astronómico, termodinámico o cuántico.

En cualquier lengua se puede hablar sobre el pasado, el presente o el futuro, aunque las lenguas pueden diferir entre sí el modo de indicar la localización de las eventualidades en el tiempo y en el grado de precisión con que indican esta localización. La información temporal puede expresarse en las lenguas por medios muy diversos: expresiones complejas (p. ej., oraciones), expresiones léxicas (adverbios temporales) y categorías gramaticales (tiempos verbales, morfemas aspectuales). Así pues, poder hablar del tiempo no implica necesariamente que una lengua tenga una categoría gramatical de pasado, presente o futuro; no todas las lenguas tienen morfemas temporales o aspectuales, aunque todas tienen adverbios temporales y todas pueden expresar por medios léxicos cualquier tipo de localización temporal. Lo que también parece común a todas las lenguas es que el momento del habla se erige en centro de referencia para todas las coordenadas espaciales y temporales (Smith 1978; Fleishmann 1982; Comrie 1985; Copley 2009).

Los tiempos verbales son, pues, uno de los recursos de que disponen algunas lenguas para la expresión gramaticalizada de la localización temporal. Esto supone “la cristalización de algunas opciones fundamentales sobre las posibles conceptualizaciones del desarrollo cronológico de los eventos” (Bertinetto 1991: 15).

El propósito de este trabajo es reflexionar sobre cómo se representan los hablantes el tiempo futuro (es decir, el porvenir) y cómo esa representación del porvenir se relaciona con las propiedades de los tiempos verbales.

De aquí a la eternidad: *el futuro factual*

En general, si nos preguntaran cómo visualizamos el tiempo, cómo lo representamos, la mayoría de nosotros recurriríamos a la metáfora de la flecha: el tiempo es una flecha infinita que se mueve desde el pasado hacia el futuro. En ella podemos colocar, ordenados sobre la línea, los acontecimientos que ya han tenido lugar, los que ocurren en nuestro presente y los que situamos en el porvenir. Nuestra línea puede, además, segmentarse y medirse en magnitudes convencionalizadas; y, en consecuencia, las eventualidades se relacionan con esa línea y pueden también medirse.

El tiempo, en la lengua, funciona en sentido topológico, no métrico: no mide intervalos, sino que sitúa relacionadamente los acontecimientos a partir de las ideas de *antes*, *durante* o *después* (Bertinetto, 1991). En la lengua el tiempo se ha definido como sigue:

Categoría gramatical deíctica mediante la cual se expresa la orientación de una situación, bien con respecto al punto central (el origen), bien con respecto a una referencia secundaria que, a su vez, está directa o indirectamente orientada con respecto al origen (Rojo y Veiga, 1999: 2879).

Así pues, un acontecimiento puede situarse como anterior, simultáneo o posterior con relación a un punto, que puede ser el centro deíctico u otro punto distinto (localizado, a su vez, por su relación con aquel). El centro deíctico coincide, en principio y por defecto, con la enunciación, pero cualquier punto puede constituirse en punto de referencia temporal. Establecemos, de este modo, la distinción básica entre tiempos absolutos (aquellos que sitúan un acontecimiento con relación al centro deíctico del momento del habla: presente, pretérito simple, futuro simple, etcétera), y tiempos relativos (los que sitúan un acontecimiento con relación a otro punto de referencia secundario: imperfecto, futuro compuesto, etcétera).

Pues bien, desde esta perspectiva, el futuro simple del español (la forma *amaré*) es un tiempo absoluto que sitúa el acontecimiento en una relación de posterioridad con respecto al origen (Bello, 1847-1860; Fernández Ramírez, 1940-1950; Rojo, 1973; 1974; 1988; Rojo y Veiga, 1999; RAE, 2009). Por ejemplo, ya Andrés Bello (1847-1860: 221) decía que: “El futuro indica la posterioridad

del atributo al acto de la palabra". El futuro hace referencia a acontecimientos o estados de cosas que tienen lugar en un momento posterior al presente, que se identifica con el momento del habla.

El enfoque de Reichenbach (1947) es un intento de formalizar las relaciones temporales expresadas en la lengua a través de un sistema abstracto que toma en consideración tres puntos. Los tiempos verbales son mecanismos para señalar un momento temporal (el momento del evento, *E*): para ello puede tomarse como punto básico el del momento del habla *H*, o bien el punto de referencia *R* calculado a partir del momento del habla *H*. Entre estos tres puntos se establecen dos tipos de relaciones: i) linealidad (o sucesión), representada por medio del guion bajo (*_*): la fórmula *H-E* indica que el momento del habla *H* antecede al del evento *E*; y ii) asociación (o coincidencia), indicada por una coma (*,*) la fórmula *H,E* indica que el momento del habla *H* está asociado al del evento *E*. Este enfoque queda resumido en el cuadro 1.

Cuadro 1
Los tiempos verbales en el sistema de Reichenbach (1947)

	Pasado R-H	Presente R,H	Futuro H-R
Anterior E-R	E-R-H <i>Había dormido</i>	E-R,H <i>Ha dormido</i>	E-H-R E,H-R H-E-R <i>Habrá dormido</i>
Simple E,R	E,R-H <i>Durmió</i> <i>Dormía</i>	E,R,H <i>Duerme</i>	H-E,R <i>Dormirá</i>
Posterior R-E	R-E-H R-H,E R-H-E <i>Dormiría</i> <i>Iba a dormir</i>	H,R-E <i>Dormirá</i> <i>Va a dormir</i>	H-R-E <i>Dormirá</i> <i>Irás a dormir</i>

Si nos detenemos a analizar cuáles son las implicaciones generales que se derivan de esta concepción del tiempo (Le Poidevin, 2015; Markosian, 2016), comprobaremos que esta imagen del tiempo se caracteriza por tres rasgos fundamentales:

- I. La representación del tiempo es la de una línea recta que se mueve del pasado al futuro. La topología de nuestra visión del tiempo es, pues, de tipo *lineal*.
- II. El tiempo se concibe como un contenedor en el que se van colocando los eventos. Se conciben los instantes y los intervalos temporales como objetos reales con existencia propia. Este enfoque se considera *absolutista* porque sostiene que el contenedor existe de forma absoluta, con independencia de que coloquemos algo en él o no. Platón o Newton favorecieron una visión de este tipo. La metáfora del tiempo como contenedor está presente en nuestra vida cotidiana, y ha sido ampliamente estudiada desde enfoques de corte cognitivista (Lakoff y Johnson, 1980; Boroditsky, 2000; Pérez Hernández, 2001).
- III. El pasado y el futuro tienen existencia real. El tiempo es simplemente una cuarta dimensión, de modo que, igual que hay acontecimientos y entidades distantes en el espacio, los hay también distantes en el tiempo, sin que esto indique que no tienen existencia real. Por eso —se dice— podemos hablar tanto de eventualidades como de objetos o entidades del futuro y del pasado. Así entendidos, el pasado y el futuro son simétricos, como lo son también las dualidades espaciales en las otras tres dimensiones: *arriba/abajo, izquierda/derecha, delante/detrás*. En este enfoque, el universo es como si fuera un gran bloque cuatridimensional, en el que todos los eventos, todas las situaciones y todas las entidades (pasadas, presentes y futuras) tienen existencia. Minkowski o Einstein se encuentran entre los defensores de esta visión. Se trata de un enfoque *eternalista*.

Cuando las cosas se presentan en estos términos, la mayor parte de los hablantes deja de estar de acuerdo con las implicaciones que se derivan de esta forma de entender el tiempo y las relaciones temporales. La dificultad más notable que suelen encontrar es que los acontecimientos del futuro se presentan como algo real, predeterminado e inevitable; esto es, efectivamente, un enfoque *fatalista*, y por ello no casa bien con nuestra idea actual sobre la libertad de acción y el libre albedrío. Y, sin embargo, esta visión fatalista del tiempo es común a muchas culturas; en particular es la visión preponderante en el mundo antiguo, en nuestra antigüedad más reciente: el mundo griego y romano.

Efectivamente, el mundo romano es un mundo gobernado por el fatalismo; es un mundo en el que las parcas controlan el hilo la vida: Cloto lo teje, Láquesis lo mide y Átropos (la que no se mueve, la inflexible, la inevitable) lo corta. El destino de cada persona está fijado de antemano de manera irrevocable. El hado es el *fatum* (participio del verbo *fari*: hablar): el hado es *lo que ha sido dicho*, lo que está ya establecido. Y el futuro es el *futurus* (participio de futuro del verbo *essere*: ser): *lo que ha de ser*.

Pues bien, este marco y esta ontología del tiempo nos sirven de referencia para entender el futuro flexivo latino. Las formas flexivas del futuro latino (*amabo*: amaré, *monebo*: advertiré, *ducam*: llevaré, *capiam*: capturaré, *audiam*: oiré) corresponden a una visión *factual* del futuro; es decir, a un futuro que concibe los acontecimientos del porvenir como hechos ciertos, prefijados de antemano, ya decididos, ya establecidos. Lo que está por venir es inevitable y cierto, aunque desconocido para el común de los mortales. Los humanos no tienen acceso a los acontecimientos de ese tiempo (como tampoco lo tienen a los que ocurren en parajes lejanos), pero ello no hace que las eventualidades que se sitúan en él sean menos ciertas y determinadas.

Por ello, el mundo antiguo es un mundo de augures y adivinos, de sibilas, oráculos y profetas; es decir, de personas que sirven de puente entre los humanos, que desconocen lo que está por llegar, y los dioses o los espíritus, que sí tienen acceso a las eventualidades ya establecidas que van a tener lugar en el porvenir y que forman el curso prefijado de los acontecimientos. En este sentido, es interesante entender que el conocimiento que los ciudadanos o el estado buscaban a través de la adivinación o los oráculos no era diferente de la información que uno podía conseguir de otra persona fiable, o del relato de un viajero llegado de tierras remotas. Quienes interrogaban a los adivinos sobre el futuro, simplemente buscaban una fuente fidedigna que pudiera revelarles lo que iba a pasar (Johnston y Struck, 2005; Maul, 2007).

Un verbo en futuro en primera persona indicaba, pues, que el hablante estaba abocado a realizar una determinada acción (si era algo sobre lo que tenía un cierto control) o que le iba a pasar indefectiblemente algo; un verbo en futuro en segunda persona

establecía, igualmente, la obligación del oyente de llevar a cabo la acción indicada o esperar estoicamente lo que le iba a suceder; por último, un verbo en futuro en tercera persona indicaba lo que iba a suceder inexorablemente. En ninguno de los tres casos había margen para cambiar el curso de los acontecimientos: por eso el futuro indicaba obligación, predestinación y necesidad. El futuro estaba fijado y era inevitable.

Los futuros factuales no son sólo cosa del pasado; tenemos un ejemplo de ficción reciente que explota precisamente la intranquilidad y el desasosiego que produce en nosotros el saber que todos los acontecimientos están ya fijados y establecidos, y conocer cuáles van a ser estos acontecimientos. Me refiero a la película *Arrival / La llegada* (2016); en ella, la protagonista principal es la lingüista Louise Banks, que forma parte del equipo de expertos cuyo objetivo es descifrar y entender la lengua de los alienígenas heptápodos, quienes han llegado en sus misteriosas naves a la Tierra; pero al descifrar esta lengua, la vida de la protagonista cambia radicalmente, ya que eso implica conocer el futuro. En palabras del lingüista británico David Adger:

La experiencia tiene un profundo impacto en Banks. La lengua la cambia. Empieza a percibir su vida como un todo único, integrado; sus acciones, como libremente elegidas y, a la vez, inevitables. A lo largo de la película hay lo que, a primera vista, parece una serie de *flashbacks*. Estos contienen escenas que muestran la hospitalización y la muerte de su hija en su juventud. Pero el espectador poco a poco se va dando cuenta de que estas escenas funden el pasado, el presente y el futuro. Al final de la película, Banks se da cuenta de que su hija aún no nacida va a morir joven. Y sin embargo, toma la decisión que la lleva al nacimiento de esta hija (Adger, 2018).

La lengua de los extraterrestres consigue alterar los procesos cognitivos de la lingüista y le da la posibilidad de conocer el futuro: un futuro factual y ya decidido de antemano, al que, a pesar de todo, Louise Banks no opone resistencia, aunque seguramente tampoco podría.

El jardín de senderos que se bifurcan: *el futuro modal*

Si piensa que un futuro factual resulta opresivo y agobiante, seguramente se tranquilizará al leer otra visión diferente del futuro: la que pinta magistralmente Jorge Luis Borges en *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941: 479): “El tiempo se bifurca perpetuamente hacia innumerables futuros”.

En la visión borgiana, el tiempo fluye y se ramifica, y el futuro se presenta ante nosotros como un amplio abanico de posibilidades abiertas. El pasado está ya fijado, pero el futuro está abierto y depende de qué camino elijamos seguir en cada momento. Esta idea conecta mejor, seguramente, con la que prevalece en nuestro mundo occidental de hoy en día, en la que uno tiene que labrarse su futuro, tomar decisiones para el futuro, planificarlo, etcétera. El futuro no está determinado de antemano y lo que acabe sucediendo depende, en gran medida, de nuestras propias decisiones.

El abanico de posibilidades ofrece cualquier continuación imaginable del presente:

Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos (Borges, 1941: 479).

Esta visión del futuro como un abanico de posibilidades conceptualiza el porvenir en términos de *lo posible*, un conjunto de opciones y alternativas, quizá con diferentes grados de probabilidad; es decir, en términos de modalidad. El paso del tiempo va mostrando cuáles de esas opciones y alternativas se convierten en realidad y pasan a formar parte de los eventos, primero presentes y luego pasados: una de esas líneas posibles se hace realidad, y el mundo de los acontecimientos reales va creciendo indefinidamente.

El filósofo John Perry (2016; 2013) lo expresa con extraordinaria claridad. Los eventos pasados y los futuros desempeñan un papel muy diferente en nuestras vidas, desde todos los puntos de vista: cognitivo, emotivo, práctico, etcétera. Podemos lamentar el pasado, intentar enderezar sus consecuencias, pero sabemos que no

podemos cambiar el pasado mismo. Recordamos el pasado y podemos imaginar o anticipar el futuro. En cada momento, el futuro se nos aparece como un conjunto de posibilidades contingentes, ninguna de las cuales es verdadera o real en el presente: de todas ellas, sólo una se convertirá en real; las demás, se eliminarán como falsas en un mundo de lo que pudo haber sido y no fue. El paso del tiempo no es más que la experiencia de ver cómo nuevos eventos se convierten en reales y cómo viejas posibilidades quedan eliminadas.

Pues bien, desde el punto de vista lingüístico, el cambio que llevó a la desaparición de la forma flexiva del futuro latino y a su sustitución por la forma inicialmente perifrástica *amare habeo*, y ahora flexiva *amaré* (que encontramos en las lenguas románicas), se relaciona, precisamente, con la necesidad de abandonar la visión fatalista del tiempo, y dar entrada a este nuevo enfoque de un futuro abierto. Esta visión venía apoyada también por las ideas de cristianismo, según el cual cada uno es responsable de sus actos y estos construyen el futuro (Coseriu 1957).

Como dijo Maurice Molho (1975: 300), a propósito del sistema verbal español:

El tiempo futuro no es, como el pasado, un tiempo que ya ha accedido a la existencia, sino por el contrario, un tiempo que se imagina. De ahí que los acontecimientos que se le adscriban sean todos imaginarios. [...] El futuro es imaginario por definición, implica una carga de hipótesis inherente.

La concepción del tiempo, en términos modales, tiene también una amplia tradición en la lingüística, y es la que subyace a enfoques como los de Enç (1987; 1996), Kratzer (1991) y Jazczolt (2009). Los futuros modales se encuentran, por ejemplo, en las lenguas germánicas, como el inglés, el alemán o el neerlandés, en las que la única manera de expresar la idea del porvenir es por medio de auxiliares modales que inciden a veces en la voluntad (*will*), a veces en el deber (*shall*).

Si examinamos este enfoque a la luz de las distinciones más generales que utilizamos para dar cuenta del futuro factual (Le Poidevin, 2015; Markosian, 2016), observaremos puntos comunes, pero también diferencias muy notables:

- I. La representación del tiempo es la de una línea recta que se mueve del pasado al futuro: pero, a partir del presente, esta línea se ramifica, como hemos dicho, en un abanico de posibilidades casi infinito. La topología, es pues, *lineal*, pero *ramificada*.
- II. El tiempo se concibe también como un contenedor preexistente en el que se pueden colocar hechos reales, así como múltiples posibilidades imaginadas.
- III. Sólo el pasado y el presente tienen existencia real; el futuro, en cambio, no la tiene: es simplemente un amplio conjunto de posibilidades. De los eventos que potencialmente colocamos en el porvenir, sólo uno de ellos en una de las líneas va a poder adquirir existencia con el paso del tiempo. Así entendidos, el pasado y el futuro son asimétricos. En este enfoque, el universo es como si fuera un gran bloque que va creciendo siempre más y más con la incorporación de nuevos eventos al mundo real. El universo es *creciente*. Y este crecimiento es independiente del observador.

Con el futuro a la espalda: *el tiempo experiencial*

El anciano [...] piensa en la pregunta. Cuando habla de sus antepasados ¿se refiere a los incas? No, responde en cierto castellano híbrido, se refiere a su tata-tatarabuelo, y con su mano derecha hace un gesto giratorio hacia arriba y hacia adelante. Los incas, añade, vinieron antes. Y con la misma mano hace un gesto que indica aún más hacia adelante (Spinney, 2005).

No es frecuente que los resultados de una investigación lingüística lleguen a la prensa general; sin embargo, ocurrió con las investigaciones de Núñez y Sweetser (2006) sobre el aimara, cuya lengua coloca el pasado delante de sus hablantes, y el futuro, a sus espaldas. Como explican los investigadores, en aimara la palabra *nayra* significa 'ojo', 'delante' y 'pasado'; mientras que *qhipa* significa 'espalda', 'detrás' y 'futuro' (Núñez y Sweetser, 2006). Los gestos que acompañan el discurso sobre el pasado y el futuro son coherentes con esta conceptualización: el futuro se marca hacia la espalda, mientras que el pasado se encuentra delante.

De todas las visiones del futuro, esta parece —en principio— la más lejana a nuestras intuiciones. En nuestra concepción, hemos dejado atrás el pasado, ya inamovible, y caminamos hacia el futuro, que se abre delante de nuestros ojos. Sin embargo, desde el punto de vista tipológico, la visión de los aimaras no es ninguna rareza; también los maoríes tienen una visión similar (Thornton, 1987). Esta conceptualización del tiempo cuenta con una larga tradición: según Maul (2008), es la misma que se aprecia en la antigua Babilonia, en el mundo de los acadios y los sumerios: en acadio la palabra *pa*num* significaba ‘frente’, ‘antes’ y ‘pasado’; mientras que (*w*)*arkatu(m)* indicaba ‘espalda’, ‘detrás’ y ‘futuro’; y en sumerio, *i g i* es ‘ojo’, ‘cara’ y ‘pasado’, *yeger*, *murgu*, *bar*, significaba ‘espalda’, ‘detrás’ y ‘futuro’.

Lo que subyace a esta conceptualización es una correlación básica entre *vista* y *conocimiento*: para todos los seres humanos dotados de visión, la vista es —sin lugar a dudas— el más importante de los sentidos, aquel que constituye la fuente principal del conocimiento. Se conoce lo que se ha visto, y lo desconocido es lo que no se ve. De ahí que en español tengamos expresiones como: “Ver para creer”, “si no lo veo, no lo creo” o “¿cómo no lo voy a creer, si lo he visto con mis propios ojos?”

La concepción del tiempo del pueblo aimara está construida en torno a la noción de conocimiento ligado a la percepción. El hablante se erige en centro deíctico discursivo, y su percepción directa organiza su conceptualización global del mundo: la noción de *espacio perceptivo del hablante* (Faller, 2004) es central: es aquella parte del espacio que rodea al hablante y al que tiene acceso perceptivo directo en un momento dado —la percepción incluye todos los sentidos, no sólo la vista—; es asimismo la noción que permite establecer la deixis espacial y temporal en todas las lenguas (el aquí y el ahora, los sistemas de pronombres y demostrativos, etcétera). En algunas lenguas, además, organiza también las marcas morfológicas que se relacionan con la fuente de conocimiento y el acceso a la información, es decir, las marcas evidenciales (Aikhenvald, 2014): se indica expresamente si las aserciones que se hacen están basadas en el conocimiento perceptivo directo, si son fruto de la inferencia, o si se han obtenido a través del relato de otros.

Si tratamos de describir esta concepción del futuro en términos similares a los que hemos utilizado en los casos anteriores, obtendremos una caracterización como la siguiente:

- I. La representación del tiempo ya no es simplemente lineal, sino que se relaciona, más bien, con un espacio. El tiempo se localiza y se mide con relación al espacio perceptivo del hablante. La topología del tiempo, pues, adquiere un componente *espacial*. Esto no implica, sin embargo, que no haya una percepción del fluir del tiempo ni que el tiempo se mueva en la dirección contraria. Lo que implica es que el observador interpreta el paso del tiempo en función de su propia perspectiva experiencial directa, y coloca lo que ya ha sucedido en su historia personal dentro de la *estela* de su propio espacio perceptivo. El tiempo se *mueve* en la misma dirección para todos, pero los que lo conceptualizan en términos de su visión directa es como si viajaran en un asiento de los que miran en el sentido inverso de la marcha: la dirección del vehículo es la misma, pero lo que se percibe es diferente.
- II. El tiempo no tiene existencia real con independencia de las eventualidades que en él suceden. El tiempo se va construyendo a medida que va habiendo eventos que lo ocupan. Este enfoque se denomina *reduccionista*, y ha sido defendido por filósofos como Aristóteles y Leibniz.
- III. Sólo algunas partes del pasado y del presente pueden asociarse con el espacio perceptivo del hablante. El universo es un gran bloque *creciente*, pero este crecimiento está *relativizado* al espacio perceptivo del observador. Las eventualidades que están dentro del espacio perceptivo del hablante gozan de un estatuto privilegiado, y esto se indica de manera patente (evidencia directa). Las demás eventualidades pueden proceder de la experiencia de otros (evidencia indirecta reportada) o ser simplemente fruto de procesos mentales (evidencia indirecta inferida).

El futuro simple y la lengua española

¿Qué es, pues, el tiempo futuro? ¿Y cómo lo refleja la lengua española? Las consideraciones anteriores han querido poner de manifiesto la complejidad con que nos encontramos cuando analizamos el modo en que los humanos concebimos el tiempo.

Si descendemos al caso concreto del español, encontraremos que la lengua parece manifestar, en diferentes grados, concepciones diversas del tiempo. Mantenemos aún, con carácter residual (Escandell-Vidal, 2018), algunos usos del futuro factual latino; lo encontramos sobre todo en *las órdenes vinculantes y eternas* de los diez mandamientos: “Amarás a Dios sobre todas las cosas”, “No matarás”; en *el discurso científico*: “Si dos ángulos equivalen a uno recto, el otro será...”; en *los textos legales*: “La inspección será competencia del Ministerio”, “Un globo cautivo deberá llevar tres fanales colocados verticalmente”; asimismo, encontramos matices modales en los usos que solemos llamar *temporales*, en lo que se hace una estimación de lo que es probable que ocurra: “Mañana lloverá”, “se llevará un disgusto”; y el futuro funciona como una *indicación evidencial* de falta de percepción directa en los usos conjeturales: “¿Quién llama? Será el cartero”.

Esto no quiere decir, por supuesto, que el futuro simple no tenga una semántica única. Como he defendido en varios trabajos (Escandell-Vidal, 2010, 2014, 2018, 2022; Matte Bon, 2006; Laca y Falaus, 2014; Laca, 2017), el futuro simple en español tiene una semántica de tipo evidencial, como indicador de que la única fuente de acceso del hablante es un proceso inferencial (no perceptivo). Esta indicación puede proyectarse bien hacia un tiempo venidero (usos temporales), bien hacia un espacio distinto (uso conjetural).

El retroceso de los usos temporales en todo el continente americano y en España (Cartagena, 1981; 1995-1996; Lope Blanch, 1968; Montes Giraldo, 1962; Moreno de Alba, 1970; 1978; 1983; Orozco, 2005; Sedano, 2006, entre otros) muestra que la concepción experiencial del tiempo no nos resulta en absoluto ajena; preferimos reservar el futuro flexivo para marcar lo que cae fuera de nuestro espacio perceptivo directo, en una visión relativizada a la experiencia directa del observador, por delante de la concepción más abstracta en la que el tiempo es independiente del hablante.

El pasado y el futuro están hechos de representaciones: en el pasado, son recuerdos o noticias de algo que tuvo en su momento una realidad objetiva, pero que, poco a poco, se va diluyendo en la memoria; en el futuro, son inferencias o proyecciones que hacemos a partir de los datos del presente sobre cómo podrían

evolucionar las cosas: son deseos, temores, imaginaciones —todos ellos productos, en suma, de nuestra mente—; y, por eso, cuando el futuro nos parece claro y cierto, recurrimos precisamente al presente para expresarlo.

Este enfoque encaja bien, seguramente, con la filosofía de nuestros días y con lo que se ha llamado *presentismo*: la idea de la prioridad y preponderancia del presente sobre todo lo demás (Ingram y Tallant, 2018). Ni el pasado ni el futuro tienen existencia real: sólo existe el presente. De nuevo, en palabras de Borges (1941: 472-473):

Después reflexioné que todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora. Siglos de siglos y solo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres en el aire, en la tierra y el mar, y todo lo que realmente pasa me pasa a mí.

Referencias

- Adger, David. (2018). Became, Become, Becoming. *Issues* 3-4. [Http://inference-review.com/article/became-become-becoming](http://inference-review.com/article/became-become-becoming) [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Aikhenvald, Alexandra (2014). *Evidentiality*. Oxford University Press.
- Bello, Andrés (1973 [1847-1860]). *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello.
- Bertinetto, Pier Marco (1991). Il verbo. En L. Renzi y G. Salvi (eds.), *Grande grammatica italiana di consultazione. Vol II: I sintagmi verbale, aggettivale, avverbiale. La subordinazione* (pp. 13-161). Il Mulino.
- Borges, Jorge Luis (1974 [1941]): El jardín de senderos que se bifurcan. En: J.L. Borges: *Obras completas*. Emecé Editores.
- Boroditsky, Lera (2000). Metaphoric Structuring: Understanding Time Through Spatial Metaphors. *Cognition*, 75: 1-28.
- Cartagena, Nelson (1981). Sistema, norma y habla del futuro de probabilidad en español. En: H. Geckeler et al. (eds.), *Logos Semantikós. Studia in honorem Eugenio Coseriu* (pp. 383-394). Vol. IV. Gredos.
- Cartagena, Nelson (1995-1996). La inestabilidad del paradigma verbal de futuro, ¿hispanoamericanismo, hispanismo, romanismo o univer-

- sal lingüístico? *Boletín de Filología*, XXXV: 79-100, Universidad de Chile.
- Coseriu, E. (1957). Sobre el futuro romance. *Revista Brasileira de Filologia* 3, 1: 1-18.
- Comrie, Bernard (1985). *Tense*. Cambridge University Press.
- Copley, Bridget (2009). *The Semantics of the Future*. Routledge.
- Enç, Murvet (1987). Anchoring Conditions for Tense. *Linguistic Inquiry* 18: 633-657.
- Enç, Murvet (1996). Tense and Modality. En: Shalom Lappin (ed.), *The Handbook of Contemporary Semantic Theory* (pp. 345-358). Blackwell.
- Escandell-Vidal, Victoria (2010). Futuro y evidencialidad. *Anuario de Lingüística Hispánica*, XXVI: 9-34.
- Escandell-Vidal, Victoria (2014). Evidential futures. The Case of Spanish. En: Philippe De Brabanter, Mijaíl Kissine y Saghie Sharifzadeh (eds.), *Future Times, Future Tenses* (pp. 219-246). Oxford University Press.
- Escandell-Vidal, Victoria (2018). El futuro simple del español. Sistema natural frente a usos cultivados. *Verba Hispanica*, XXVI: 15-33.
- Escandell-Vidal, Victoria (2022). The Semantics of the Simple Future in Romance: Core Meaning and Parametric Variation. En: L. Baranzini y L. de Saussure (eds.), *Aspects of Tenses, Modality and Evidentiality* (pp. 9-31). Brill Academic Publishers. DOI: 10.1163/9789004468184_003
- Faller, Martina (2004). The Deictic Core of "Non-Experienced Past" in Cuzco Quechua. *Journal of Semantics*, 21: 45-85.
- Fernández Ramírez, Salvador (1986 [1940-1950]). *Gramática española*, 4. *El verbo y la oración* (compilación de I. Bosque). Arco/Libros.
- Fleischman, Suzanne (1982). *The Future in Thought and Language: Diachronic Evidence from Romance*. Cambridge University Press.
- Ingram, David y Tallant, Jonathan (2018). Presentism. En: E.N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/spr2018/entries/presentism/> [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Jaszczolt, Katarzyna M. (2009). *Representing Time: An Essay on Temporality as Modality*. OUP.
- Johnston, Sarah I. y Struck, Peter T. (2005). *Mantiké. Studies in Ancient Divination*. Leiden, Brill.

- Kratzer, Angelika (1991). Modality. En: A. von Stechow and D. Wunderlich (eds.), *Semantics: An International Handbook of Contemporary Research* (pp. 639-650). De Gruyter.
- Laca, Brenda (2017). Variación y semántica de los tiempos verbales: El caso del futuro. En: Belén Almeida Cabrejas, Ana Blanco Canales, Jairo Javier García Sánchez y María Dolores Jiménez López (coords.), *Investigaciones actuales en Lingüística. Vol. II*. Universidad de Alcalá.
- Laca, Brenda y Falaus, Annamaria (2014). Les formes de l'incertitude. Le futur de conjecture en espagnol et le présomptif futur en roumain. *Revue de Linguistique Romane*, 78: 313-366.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (2001 [1980]). *Metaphors We Live By*. University of Chicago Press [Trad. Esp. *Metáforas de la vida cotidiana*. Ed. Cátedra].
- Le Poidevin, Robin (2015). The Experience and Perception of Time. En: E.N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/sum2015/entries/time-experience/> [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Lope Blanch, Juan Miguel (1968 [1791-1808]). La reducción del paradigma verbal en el español de México. *Actas del XII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas. Tomo IV*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Markosian, Ned (2016). Time. En: E.N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://plato.stanford.edu/archives/fall2016/entries/time/> [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Matte Bon, Francisco (2006). Maneras de hablar del futuro en español entre gramática y pragmática. Futuro, *ir a* + infinitivo y presente de indicativo: Análisis, usos y valor profundo. *RedELE* 6. <http://www.educacion.es/redele/revista6/MatteBon.pdf> [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Maul, Stefan M. (2007). Divination Culture and the Handling of the Future. En: G. Leick (ed.), *The Babylonian World* (pp. 361-372). Routledge.
- Maul, Stefan M. (2008). Walking Backwards into the Future. The Conception of Time in the Ancient Near East. En: T. Miller (ed.), *Given World and Time. Temporalities in Context* (pp. 15-24). Central European University Press.
- Molho, Maurice (1975). *Sistemática del verbo español*. Gredos.

- Montes Giraldo, José Joaquín (1962). Sobre la categoría de futuro en el español de Colombia. *Thesaurus*, XVII: 527-555.
- Moreno De Alba, José G. (1970). Vitalidad del futuro de indicativo en el español hablado en México. *Anuario de Letras*, 8: 81-102.
- Moreno De Alba, José G. (1978). *Valores de las formas verbales en el español de México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moreno De Alba, José G. (1993). *El español en América*. Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, Rafael E. y Sweetser, Eve (2006). With the Future behind them: Convergent Evidence from Aymara Language and Gesture in the Crosslinguistic Comparison of Spatial Construals of Time. *Cognitive Science*, 30: 401-450.
- Orozco, Rafael (2005). Distribution of Future Time Forms in Northern Colombian Spanish. En: D. Eddington (ed.), *Selected Proceedings of the 7th Hispanic Linguistic Symposium* (pp. 56-65). Cascadilla Press.
- Pérez Hernández, Lorena (2001). Metaphor-based Cluster Models and Conceptual Interaction: The Case of Time. *Atlantis. Revista de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos*, 23(2): 65-81.
- Perry, John (2006). How Real are Future Events? En: Friedrich Stadler y Michael Stöltzner (eds.), *Time and History* (pp. 13-30). Ontos Verlag.
- Perry, John (2013). Temporal Indexicals. En: Heather Dyke y Adrian Bardon (eds.), *A Companion to the Philosophy of Time* (pp. 486-506). John Wiley & Sons.
- Real Academia Española (RAE) (2009). *Nueva gramática de la lengua española*. Espasa.
- Reichenbach, Hans (1947). *Elements of Symbolic Logic*. Macmillan & Co.
- Rojo, Guillermo (1973). Acerca de la temporalidad en el verbo español. *BAE*, 53: 351-371.
- Rojo, Guillermo (1974). La temporalidad verbal en español. *Verba*, 1: 68-149.
- Rojo, Guillermo (1988). Temporalidad y aspecto en el verbo español. *LEA*, 10: 195-216.
- Rojo, Guillermo y Veiga, Alexandre (1999). El tiempo verbal. Los tiempos simples. En: I. Bosque y V. Demonte (eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*. Vol. 2 (pp. 2867-2934). Espasa.
- Sedano, Mercedes (2006). Importancia de los datos cuantitativos en el estudio de las expresiones de futuro. *Revista Signos*, 39: 283-296.
- Smith, Carlota (1978). The Syntax and Interpretation of Temporal Expressions in English. *Linguistics and Philosophy*, 2: 43-100.

- Spinney, Laura (2005, 24 de febrero). How Time Flies. The Guardian.
<https://www.theguardian.com/science/2005/feb/24/4> [Fecha de consulta: 16/07/2018].
- Thornton, Agatha (1999). *Maori Oral Literature: As Seen by a Classicist*.
University of Otago Press.